

dijo esta cruel frase:—«Me ofendéis, creyéndome capaz de interesarme por ese muchacho, por ese cojuelo.»—En dos palabras había definido las dos mayores distancias que, según Byron mismo, separaban al poeta de su ventura: la niñez y su defecto; aquel horrible defecto, la primera de sus desgracias, el mayor de sus dolores. Pero oír aquello de boca de su amada, oírlo cuando menos lo temía, oírlo en el momento en que los proyectos más halagüeños se desplegaban como un panorama infinito en su fantasía, en el momento en que iba á rendirse á sus pies, á mostrarle el fondo de su corazón velado por profundísimo respeto; oír esta cruel sentencia de muerte para su alma enamorada y anhelante, para sus ansiosísimas esperanzas ¡ah! era tanto como caer del cielo en el minuto mismo de tocar su dintel y entrever la luz, al fondo del infierno. Byron se encontró en este momento transformado, sólo con su dolor, desnudo de esperanza, tendido sobre el hielo en una noche de espesas tinieblas, y sin más confidente de sus penas y de sus angustias que el aire tenebroso, cuyas vibraciones repetían sus desgarradores lamentos, en vano ahogados dentro del roto pecho de su varonil voluntad. La desesperación fué tan grande como su amor. Salióse del castillo, corrió por la campiña sin saber á dónde: todo sueño huyó de sus párpados, toda tranquilidad de su alma. El mundo le parecía vacío, y vacío el cielo; hubiera bendecido la muerte, á estar seguro de que la muerte satisfacía su primer deseo: la nada. Poco después aquella mujer tan querida se casó con Mr. Tolin Munster. El reconcentrado dolor del poeta se conoce perfectamente en los breves y sencillos versos consagrados á este doloroso suceso. En vez de pintar su pasión, la intensidad de su amor rayando en locura, la belleza de su amada, bastante poderosa á excitar todos sus deseos en toda su viveza, la felicidad del rival afortunado que la posee sin comprenderla, acaso sin amarla, y que se desposa pisando el corazón del poeta; hiriendo todas sus fibras, envenenándolo con la ponzoña de unos celos abrasadores como el plomo derretido y duraderos como la eternidad; en vez de entregarse á todas las furias de una pasión malograda, de un deseo sin cumplimiento posible, de un amor sin esperanza, se contenta con decir melancólicamente, que no verá más la colina, teatro de sus entrevistas, los árboles, festigos de sus juramentos. En esto, la niñez de Byron se acababa, y comenzaba su juventud. Había entrado de una edad en otra por el desengaño, como entrara de la nada á la vida por el dolor. Al encontrarse en esta línea que separaba dos grandes segmentos del círculo de su existencia, delirante dolor le poseía. Su fortuna era inútil, su ilustre nombre odioso, los cortesanos que acompañan toda grandeza incómodos, la sociedad embarazosa y triste como las paredes de un calabozo, la gloria imposible, la amistad muerta; su amor en poder de un rival afortunado: tornar á sus montañas, vagar en la sombría soledad, saltar sobre el azul torrente, era todo su deseo; ó si no, tomar alas como la paloma, volar y volar sin descanso, subir y subir sin fin, hasta perder de vista el mundo, y buscar en el cielo, allá muy lejos, la paz. Forzado á separarse de su colegio de Harow, todo lo echaba de

menos y se despedía de todo con dolor; de la pradera donde había batallado con sus compañeros, de la obscura aula en que había oído los regaños del pedagogo, de la escena en que representaba creyendo eclipsar á Garrik, y del cementerio donde iba á llorar sus amigos muertos, á escribir palabras entrecortadas con sollozos en el mármol ó en el tronco de los árboles, para mirar el rayo último del sol poniente ó soñar con los misterios de la vida y de la eternidad entre las sombras de la noche.

Temprano comienza ya esta desesperación de Byron, que debía pegarse á todo un siglo, como su enfermedad moral. Unos le atribuyen al clima de su patria, otros á su temperamento y á sus nervios, otros al siglo en que había nacido y cuyas puertas de bronce, enrojecidas en el fuego de las revoluciones, cierra con su nacimiento este Titán, que ya se levanta como un rebelde, ya llora como un niño, tendiendo á esos mismos cielos las manos, en demanda de una creencia, de una fe. Naturalmente, el poeta no puede representar á su siglo como el filósofo, como el orador. El filósofo escribe después de haber depurado sus dudas, un sistema que la razón dicta y que la lógica encadena: sirve, pues, á una idea. El orador eleva su vida á las alturas de su conciencia y se consagra á una causa, á una reforma. Para esto necesita concertar sus fuerzas, disciplinar su carácter, reunir sus ideas en torno de un pensamiento capital, y tener la lógica, la consecuencia inflexible, no sólo en los discursos, sino en la vida. El filósofo no es un artista; la inspiración no es un numen. El orador es más artista que el filósofo, pero su arte está subordinado al pensamiento, y debe seguir el raciocinio. Orar no es cantar, es racionar, es convencer, es persuadir. La armonía, la belleza, deben ser auxiliares del raciocinio, destinadas á conseguir más pronto su triunfo. Pero el poeta es un sér misterioso, indefinible, que se escapa al análisis como el dogma, y que se pierde de vista como el ave de la montaña, la alondra, cuando deja su nido de barro y se va por las alturas etéreas en busca de la luz que aun no despunta, mientras todos los demás séres duermen profundamente en las sombras sin presentir el nuevo día. Los poetas son lirás que suenan á todos los vientos; lagos que cambian los matices al paso de cada nube; son algo de incomprendible, como las profecías, como los presentimientos, como los sueños. Las ideas más contrarias batallarán en su cabeza y saldrán á borbotones de su pluma. Su genio marchará con la fatalidad del torrente, ya humilde, ya ruidoso; ora despeñándose por las oscuras breñas en espumosa cascada, ora durmiéndose tranquilo y celeste en murmurador arroyo, para repetir las estrellas de la noche, ora entrando, poderoso río, en el océano insondable de la eternidad. Así es que en un poeta podéis casi hacer el examen de conciencia de una época; podéis ver sus incertidumbres, sus dolores, sus aspiraciones, sus crisis de reacción, sus impetus de progreso, sus batallas internas, sus ideas. Victor Hugo ha sido legítimamente bonapartista, romántico, doctrinario, creyente, racionalista, librepensador y demócrata. Pero cuando queráis buscar la leyenda de este siglo,



lo que todos hemos pensado, lo que todos hemos sentido; nuestros desfallecimientos morales, nuestras cóleras en las cadenas; las esperanzas que hemos concebido por los orgullosos triunfos sobre la materia; cómo imaginamos la sociedad y cómo nos proponemos reformarla; nuestra concepción de las diversas épocas de la Historia, nuestro poema del progreso, á tanta costa escrito con la sangre de toda la humanidad; nuestras dudas, nuestros temores y nuestra fe servida con la exaltación del martirio, leed, leed á Victor Hugo. Lo mismo es Byron. El sublime desorden de este genio se parece al desorden sublime de la Naturaleza. Al lado de una cima nevada, donde la luz centellea con reflejos increíbles en horizontes infinitos, un abismo insondable; al lado de una playa árida, un bosque perfumado por todas las flores de la tierra y henchido con los cánticos de todas las aves del cielo; pero su obra es todo el Universo, su conciencia es la duda y la fe, la afirmación y la creencia; todo su siglo. Dejémosle ahora al entrar en la juventud. Ya le veremos en su vida; ya le admiraremos en sus obras. Vamos á reseñar el segundo período, y el más crítico, de la historia de Byron. Fatigaría al lector si hubiera de mencionar, aunque ligeramente, los diversos escritos publicados sobre la vida de este hombre. Forman una biblioteca. Escritores de todas clases, poetas de todos géneros, psicólogos, analistas, médicos, pintores, políticos, frenólogos, todos cuantos en los secretos de la naturaleza humana, en los sucesos de los primeros días de nuestro siglo, y por los actores de estos sucesos, se interesarán, han escrito algo sobre el alma del extraño sér que pasó como un torbellino de ideas y que despidió un coro infinito de cánticos inmortales. Entre estos escritos hay uno que siempre hizo fe sobre la vida y el carácter de Byron; el libro de Moore, su confidente, su amigo. Pero Moore escribió cuando aun estaba viva la saña de Inglaterra contra el poeta que debiera darle tanta gloria; y necesitando el biógrafo de aquella sociedad, faltóle independencia para sí mientras le sobraron miramientos para sus contemporáneos. Y sin embargo, el libro de Moore, reservado, cobarde, comienzo es de una rehabilitación de Byron. Aguardábase hace poco con gran impaciencia, un libro capital sobre la vida del poeta, un libro monumento, un libro que debía llenar el siglo de nuevos relámpagos de su grande alma, casi una resurrección. Imaginaos que Laura escribiera sobre Petrarca. No hay en el mundo literario quien no recuerde la beneficiosa influencia ejercida por una italiana hermosísima en la inspiración del poeta inglés. Esta beldad, por sólo ofrecer algunos instantes serenos en la vida al genio herido por la duda, se ha levantado en el pensamiento del siglo al coro de las mujeres inmortales. Yo he buscado mil veces con afán su poética sombra por las verdss aguas del gran canal de Venecia; entre el bosque de sus columnas, entre las grecas de las cresterías de mármol, poniéndola al lado de aquellas inmortales figuras desprendidas de la paleta del Veronés y del Ticiano; y en el cementerio de Pisa, bajo los cipreses, sobre la tierra traída de Jerusalén, que da rosas tan bellas como las rosas de Jericó, celebradas por los profetas; entre las grandes ojivas por donde

se ven las estatuas de mármol que lloran eternamente sobre las tumbas griegas; entre los ángeles del Giotto y del Orcagua, que agitan con sus alas todos los misterios de la eternidad, creía oír los suspiros de esa mujer misteriosa, traídos por las brisas del mar toscano, cargadas con las cadencias del Arno y con los versos inmortales de Byron. Sabido es que la Vallclusa de estos amores no fué una fuente sombreada por los olivos, sino el cementerio solitario donde centellean los terrores del juicio final y se extienden todos los misterios y toda la solemnidad del eterno silencio, interrumpido sólo por el lamento de las campanas que cae de la cercana torre inclinada, ó por el eco de las oraciones y de los cánticos religiosos que se escapan de la Basílica, ó por el rumor de la vegetación y de los insectos que transforman en nuevas hebras de vida las cenizas de los muertos.

Allí recordaba uno de los libros que más influjo han ejercido sobre mi pensamiento y más sueños de poesía me han inspirado en la niñez, el gran libro Quinet, el *Ahasverus*. No podía olvidar el cántico en que las mujeres más amantes de la historia rasgan, al rayo de la luna, su blanco sudario, y vienen, almas sin cuerpo, pensamiento sin formas, especie de mariposas espirituales, las alas de luz matizadas por ideas, á rozar la frente del poeta con sus místicas inspiraciones. Allí, en aquel coro, estaba Safo, la que fué á extinguir su sed de amor en las aguas de Léucades con la muerte: allí Eloisa, en cuyo seno comenzó á renacer la naturaleza humana, bajo los cilicios de la Edad Media; allí la mujer inmaculada como el primero inocente amor, la niña misteriosa que lleva ya mucho de las vírgenes de Rafael en su frente, la estrella que ha rielado en las olas de hiel de una vida tempestuosa, bella como ninguna y vestida por los resplandores del eterno sol: la Beatrice del Dante. Entre estas mujeres inmortales contaba Quinet á la condesa de Guiccoli como una de las más bellas formas que ha podido revestir la inspiración sobre nuestro suelo. Y en efecto, aquella mujer, que había encontrado al poeta en la mitad de su camino, cuando la desesperación le hervía más rugiente en el pecho, cuando la fé se le apagaba con la vida, y le había sonreído como sonríe la luna entre las nubes de la tempestad, y se le había calmado con sus lágrimas como la lluvia el férvido Océano, y le había inspirado versos serenos, cuya dulzura entrara en la miel más sabrosa que guarde el Universo espiritual de las artes, y le había movido á acciones inmortales, como la lucha por la emancipación de los griegos, cuyo recuerdo entrará entre los heroísmos y los sacrificios mayores de la historia; aquella mujer es una de esas sublimes musas que pasan cantando como una bandada de blancas aves místicas sobre los horrores y las tristezas del mundo. Yo creí siempre que la condesa de Guiccoli, después de haber sonreído á Byron en Venecia, después de haberle llevado á Rávena, después haber paseado con él melancólicamente á las orillas del Arno, bajo los pinos verdi-negros de Pisa, había muerto al día siguiente de la muerte de Byron, sobre la tierra de Grecia. ¿Qué podía hacer ya en el mundo? ¿A qué vivir, cuando jamás volvería á ver en la tierra el suiseñor misterioso que cantára á su lado, y



transmitiera estos cantos, no al aire vago, cuyos giros los repiten y los disipan en la brevedad de un instante, sino á la gloria, dispensadora de la inmortalidad? No podía yo pensar que la muerte hubiera arrastrado á Byron y perdonado á la condesa. Creí que sus almas se hallaban confundidas hasta el punto de vivir ambas de una misma vida y en un mismo cielo, como esos astros de una constelación que jamás se ven separados, y que desde el principio de los tiempos se contemplan unos á otros en la inmensidad del espacio con amorosa mirada. Eloisa no hubiera pasado á la posteridad á haber tenido otro pensamiento que el pensamiento de Abelardo. Para vivir en todos los tiempos ha necesitado morir en el charco de sus lágrimas, sobre las piedras frias del claustro, viuda inmortal del genio. Su corazón vive tanto como la ciencia de su amante, porque el corazón de Eloisa encerró lo infinito por el amor, como encerró lo infinito el pensamiento de Abelardo por la inspiración y el raciocinio. La violencia y el odio los separaron, pero ahora sus huesos duermen juntos, confundidos dentro de su sepulcro, en el calor eterno de la llama que los animó durante la vida. ¿Pero qué ha hecho la condesa de Guiccoli? Ha vivido. Y no sólo ha vivido, sino que se ha casado con un marqués rico y senador de Francia, con el marqués de Boissy. Y no sólo se ha casado, sino que viuda recientemente, ha escrito un libro sobre Byron en dos gruesos volúmenes, inspirados por óptima intención, pero enojosos como toda difusa apología. He recorrido las mil doscientas páginas de sus dos volúmenes, sin encontrar ni una nueva noticia, ni un rayo de inspiración. El cielo no ha querido concedérsela á esta marquesa rica, senadora francesa, que cubre de flores de luciente seda el esqueleto de su amante. La condesa faltó á su primer marido por Byron. Esta falta sólo podía tener una excusa: la eternidad de su amor. ¿Cómo ha llevado la condesa Guiccoli su luto eterno? Llamándose la marquesa de Boissy, y muerto su marido, escribiendo un libro voluminoso, inacabable, sobre Byron, libro que es un apologético monótono y enfadoso, cuando debiera ser la poesía lírica escapándose de un alma enamorada. Yo estoy seguro que otro libro escribiera si en su viudez moral se encierra, si arrastra el luto hasta que Dios la hubiera llamado, si va á buscar, para tejer una corona al poeta, las bien-olientes violetas del cementerio de Pisa, en vez de buscar las flores de trapo de los salones de París, que sólo huelen á perfumería.

Sigamos contemplando la vida de Byron y compadeciéndole hasta por las desgracias que le han sobrevenido más allá de la muerte. Le dejamos cuando pasaba del colegio de Harrow á la universidad de Cambridge. Corren los años; el niño se hace joven. Si en la primera edad hubiese sido menos desgraciado, fuera en la segunda menos vicioso. La niñez, como la semilla se pega á la tierra, donde van á brotar las poderosas ramas de la vida; se confunden con el mundo exterior; se penetra del espíritu de la familia; es continuación de los nueve meses de gestación, de los dos años de lactancia; y como la leche maternal es su alimento, como la sangre maternal es su jugo, la educación maternal es su horizon-

te, es su cielo, es la sangre y el alimento de su alma. Ya en la segunda edad estas armonías cesan, esta sujeción se rompe, la vida sale casi siempre desbordada del hogar paterno, espaciándose fuera de su cauce, como un torrente henchido por el deshielo en la tibia primavera. Los jóvenes suelen ser de oposición á cuanto les rodea; inquietos, rebeldes, llenos de vida. Las pasiones brotan como las flores, rompiendo la película que les envuelve. La juventud es una grande enfermedad. Sobra el tiempo, y se desperdicia. Se mira al horizonte, se le ve dilatado, infinito, y no se ven las sombras que lo manchan, ni las tempestades que relampaguean por todos sus bordes. A la vida de la familia, se sustituye la amistad; á la paz, el amor; á la inocencia, las pasiones. Cuando crecemos, cuando adelantamos en la vida, viene la serpiente á echarnos del paraíso. Se necesita tener una memoria privilegiada para recordar estos días supremos entre la inocencia y la pasión, este hervor primero de la sangre, esta primera voluptuosidad de la vida, que ha de tener al cabo un dejo tan amargo, si no viene á endulzarla con su miel la virtud. En los primeros años necesitamos una madre. Pero, en los segundos, en la época de la juventud, necesitamos á una mujer á quien amar castamente para no perdernos. Si esta mujer aparece en el dintel de la vida, todo se vuelve felicidad, y la pasión se manifiesta como una savia purísima, en pensamientos vagos, en aspiraciones ideales, en una especie de religión poética, que tiene sus dolores, como todas las grandezas del alma; que abrasa, como el fuego, toda la vida, pero que, como el fuego, la pacifica y esparce su calor benéfico por lo infinito. Lady Byron fué madre amante, pero no fué madre tierna, y no proveyó á las primeras necesidades morales de su extraordinario hijo. María, su segundo amor, acaso el más hondo de aquella alma privilegiada, el destinado á sostenerle en sus alas, María lo despreció por un hombre vulgar que no cojeaba. Las tempestades del hogar, las luchas entre los dos seres que lo engendraran, la sangre normanda bullidora é inquieta, las terribles historias de su familia, los dos desolados castillos donde se criara, las montañas de Escocia, heridas por el rayo y llenas de desacordadas voces de los torrentes y los aludes y las águilas; todo esto debía dar al arrogante Encelado, nacido para las luchas titánicas, una energía demasiado extraordinaria, para que no rompiese los límites señalados á la vida, estrellándose contra el mal. La universidad de Cambridge era ya un aliciente. La disciplina sufría relajaciones muy grandes. La libertad de la vida degeneraba en licencia de costumbres. Byron tenía caprichos extraordinarios, nacidos del calor de su mente; delirios de esa fiebre moral llamada genio. Vestíase á veces fantástica y bizarramente. A pesar de que, temiendo mucho á la gordura, apenas comía otra cosa que vegetales y carnes, daba cenas babilónicas, en que la imagen de Sardanápalo, después tan magistralmente evocada por su pluma, se dibujaba en la retina ardiente por los vapores del vino. Llevaba junto á sí formidable oso encadenado, pidiendo que le concedieran la corona de doctor. Tenía una amiga que disfrazaba de jockey, obligándola á seguirle por los paseos públicos. Gozábase